

El viejo mal

CHRIS HEDGES :: 09/08/2024

La dramática escalada de violencia en Cisjordania se ve ensombrecida por el genocidio en Gaza. Cisjordania es el segundo frente. Si el régimen israelí logra vaciar Gaza, la siguiente será Cisjordania

Ramallah, Palestina ocupada. De repente regresan el hedor de las aguas residuales, el chirrido de los motores diésel, los lentos transportes de tropas israelíes, las furgonetas llenas de niños, conducidas por colonos de cara pálida, ciertamente no de aquí, probablemente de Brooklyn o de alguna parte de Rusia o quizás de Gran Bretaña. Poco ha cambiado. Los puestos de control con sus banderas israelíes azules y blancas salpican las calles y las intersecciones. Los tejados rojos de los asentamientos coloniales -ilegales según el derecho internacional- dominan las colinas sobre las aldeas y ciudades palestinas. Crecieron en número y se hicieron más grandes. Pero siguen protegidos por barreras antibombas, alambre de púas y torres de vigilancia, rodeados por la obscenidad de céspedes y jardines. En este paisaje árido, los colonos tienen acceso a abundantes fuentes de agua que a los palestinos se les niega.

El tortuoso muro de hormigón de 26 metros de altura que recorre 440 kilómetros de la Palestina ocupada, con sus grafitis que piden la liberación, murales que representan la mezquita de Al-Aqsa, los rostros de los mártires y el rostro sonriente y barbudo de Yasser Arafat -por cuyas concesiones en los acuerdos de Oslo, Israel le convirtió, en palabras de Edward Said, en "el Pétain de los palestinos", dando a Cisjordania la sensación de una prisión al aire libre. El muro rasga el paisaje. Se enrolla como una enorme serpiente antediluviana fosilizada que separa a los palestinos de sus familias, corta las aldeas palestinas por la mitad, divide a las comunidades de sus huertos, sus olivos y sus campos, se sumerge y se eleva desde los wadis, atrapando a los palestinos en un Bandustán, en la versión actualizada por el Estado judío.

Han pasado más de veinte años desde la última vez que informé desde Cisjordania [cuando era corresponsal del New York Times]. El tiempo parece no haber pasado. Los olores, sensaciones, emociones e imágenes, la cadencia melodiosa del árabe y los miasmas de una muerte súbita y violenta que acechan en el aire, evocan un mal antiguo. Es como si nunca me hubiera ido.

Estoy en un Mercedes negro destartado conducido por un amigo de treinta años cuyo nombre no diré para protegerlo. Trabajó en la construcción en Israel, pero el 7 de octubre perdió su trabajo, como casi todos los palestinos empleados en Israel. Tiene cuatro hijos. Está en problemas. Sus ahorros han disminuido. Cada vez es más difícil comprar alimentos, electricidad, agua y gasolina. Se siente asediado. Está bajo asedio. No tiene una gran opinión de la Autoridad Palestina. No le gusta Hamás. Tiene amigos judíos. Habla hebreo. El asedio lo está destruyendo a él y a todos los que lo rodean:

"Unos cuantos meses más de esto y habremos terminado", dice, fumando nerviosamente.

"La gente está desesperada. Cada vez más personas padecen hambre».

Viajamos por el camino sinuoso que abraza las áridas colinas de arena y matorrales que se elevan desde Jericó, desde el Mar Muerto, rico en sal, el punto más bajo de la tierra, hasta Ramallah. Aquí me reuniré con mi amigo, el novelista Atef Abu Saif, que estuvo en Gaza el 7 de octubre con su hijo Yasser, de 15 años. Estaban visitando a una familia cuando Israel comenzó su campaña de tierra arrasada. Había pasado 85 días soportando y escribiendo diariamente sobre la pesadilla del genocidio. Su angustioso diario fue publicado en el libro «*No mires a la izquierda*». Había escapado de la matanza a través de la frontera egipcia en Rafah, cruzó a Jordania y regresó a su hogar en Ramallah. Pero las cicatrices del genocidio persisten. Yasser rara vez sale de su habitación. No se ve con amigos. El miedo, el trauma y el odio son los principales bienes transmitidos de los colonizadores a los colonizados.

"Es como si todavía viviera en Gaza", me dice Atef más tarde. "No salí de ahí. Yasser todavía oye el bombardeo. Todavía ve los cadáveres. No come carne. La carne roja le recuerda los trozos de carne que había recogido cuando se unió a los equipos de rescate durante la masacre de Jabalia, y a la carne de sus primos. Duermo sobre un colchón en el suelo, como hacía en Gaza cuando vivíamos en una tienda de campaña. Me quedo despierto. Pienso en aquellos que dejamos atrás, esperando una muerte súbita».

Giramos una esquina hacia una colina. Los coches y camiones giran a izquierda y derecha. Varios vehículos van marcha atrás. Frente a nosotros hay un puesto de control israelí con enormes bloques cuadrados de hormigón marrón. Los soldados detienen los vehículos y revisan los documentos. Los palestinos pueden esperar horas para pasar. Pueden ser sacados a rastras de sus vehículos y arrestados. Todo es posible en un puesto de control israelí, a menudo erigido sin previo aviso. Casi nunca es algo bueno.

Retrocedamos. Bajamos por una carretera estrecha y polvorienta que se aleja de la carretera principal. Viajamos por caminos llenos de baches y desniveles a través de pueblos empobrecidos.

Este había sido el caso de los negros en el Sur segregado y de los indígenas americanos. Así había sido para los argelinos bajo el dominio francés. Éste había sido el caso en la India, Irlanda y Kenia bajo el gobierno británico. La máscara mortuoria -con demasiada frecuencia de origen europeo- del colonialismo no cambia. Tampoco cambia la autoridad divina de los colonizadores que miran a los colonizados como parásitos, que sienten un placer perverso en su humillación y sufrimiento y que los matan impunemente.

Cuando entré en la Palestina ocupada por Jordania desde el puente Rey Hussein, el funcionario de aduanas israelí me hizo dos preguntas.

"¿Tienes pasaporte palestino?"

"¿Alguno de tus padres es palestino?"

En resumen, ¿estás contaminado? Así es como funciona el apartheid.

Los palestinos quieren recuperar sus tierras. Luego hablarán de paz. Los israelíes quieren la

paz, pero exigen tierras palestinas. Aquí, en tres breves frases, se refleja la naturaleza intratable de este conflicto.

Vejo Jerusalén a lo lejos. O mejor dicho, veo la colonia judía que se extiende hasta las colinas sobre Jerusalén. Las villas, construidas en forma de arco en la cima de la colina, tienen ventanas intencionadamente estrechadas y con forma de rectángulos verticales, para que también puedan usarse como alfileras para los rifles.

Llegamos a las afueras de Ramallah. Estamos atrapados en el tráfico fuera de la extensa base militar israelí que supervisa el puesto de control de Qalandia, el principal puesto de control entre Jerusalén Este y Cisjordania. Es escenario de frecuentes manifestaciones contra la ocupación que pueden terminar en tiroteos.

Nos dirigimos a una tienda de kebab y nos sentamos en una mesa al aire libre. Las cicatrices de la última incursión del ejército israelí están a la vuelta de la esquina. Hace unos días, por la noche, los soldados israelíes prendieron fuego a las tiendas que gestionan transferencias de dinero desde el extranjero. Son ruinas carbonizadas. Ahora será más difícil conseguir dinero del extranjero, que sospecho que era el objetivo.

Israel ha reforzado drásticamente su control sobre los más de 2,7 millones de palestinos de la Cisjordania ocupada, que están rodeados por más de 700.000 colonos judíos alojados en unos 150 asentamientos estratégicos, con sus propios centros comerciales, escuelas y clínicas médicas. Estos asentamientos coloniales, junto con carreteras especiales que sólo pueden ser utilizadas por colonos y militares, puestos de control, extensiones de tierra prohibidas para los palestinos, zonas militares cerradas, "reservas naturales" declaradas por Israel y puestos militares de avanzada, forman círculos concéntricos. Pueden interrumpir instantáneamente el flujo del tráfico y aislar a las ciudades y pueblos palestinos en una serie de guetos en forma de anillo.

"Desde el 7 de octubre ha sido difícil viajar a cualquier lugar de Cisjordania", afirma Atef. "Hay puestos de control en la entrada de cada ciudad, pueblo y aldea. Imagina que quieres ver a tu madre o a tu novia. Quieres ir de Ramallah a Nablus. Puede tardar siete horas porque las carreteras principales están bloqueadas. Te ves obligado a viajar por caminos secundarios de montaña».

Un viaje que debería durar 90 minutos.

En Cisjordania, desde el 7 de octubre, soldados y colonos israelíes han matado a 528 civiles palestinos, entre ellos 133 niños, y han herido a más de 5.350, según el jefe de DDHH de la ONU. Israel también ha arrestado a más de 9.700 palestinos -¿o debería decir rehenes?- incluidos cientos de niños y mujeres embarazadas. Muchos fueron severamente torturados, incluidos médicos torturados hasta la muerte en mazmorras israelíes y trabajadores humanitarios asesinados tras su liberación. El Ministro de Seguridad Nacional del régimen israelí, Itamar Ben-Gvir, ha pedido la ejecución de un cierto número de prisioneros palestinos para dejar espacio a otros.

Ramallah, sede de la Autoridad Palestina, se había librado anteriormente de lo peor de la violencia israelí. Desde el 7 de octubre las cosas han cambiado. Casi a diario se producen

redadas y detenciones en la ciudad y sus alrededores, a veces acompañadas del uso letal de armas de fuego y bombardeos aéreos. Desde el 7 de octubre, Israel ha demolido o confiscado más de 990 viviendas palestinas y viviendas en Cisjordania, obligando en ocasiones a los propietarios a demoler sus edificios o pagar multas exorbitantes.

Los colonos supremacistas israelíes, armados hasta los dientes, han perpetrado auténticas masacres en pueblos al este de Ramallah, incluidos ataques tras el asesinato de un colono de 14 años, ocurrido el 12 de abril cerca del pueblo de al Mughayyir. En represalia, los colonos quemaron y destruyeron casas y vehículos palestinos en 11 aldeas, destruyeron carreteras, mataron a un palestino e hirieron a más de dos docenas.

Israel ha ordenado la mayor apropiación de tierras en Cisjordania en más de tres décadas, confiscando grandes extensiones de tierra al noreste de Ramallah. El Ministro de Finanzas israelí de extrema derecha, Bezalel Smotrich, que vive en un asentamiento judío y es responsable de la expansión colonial, ha prometido inundar Cisjordania con un millón de nuevos colonos.

Smotrich prometió borrar las distintas áreas de Cisjordania creadas por los Acuerdos de Oslo. El Área A, que comprende el 18% de Cisjordania, está bajo control palestino exclusivo. El área B, casi el 22% de Cisjordania, está bajo ocupación militar israelí, en connivencia con la Autoridad Palestina. El área C, más del 60% de Cisjordania, está bajo ocupación israelí total.

"Israel se da cuenta de que el mundo está ciego, que nadie lo obligará a poner fin al genocidio en Gaza y que nadie prestará atención a la guerra en Cisjordania", afirma Atef. "La palabra guerra ni siquiera se utiliza. Se llama operación militar israelí normal, como si lo que nos está pasando fuera normal. Ya no existe distinción entre el estatus de los territorios ocupados, clasificados como A, B y C. Los colonos están confiscando más tierras. Realizan cada vez más ataques. No necesitan el ejército. Se han convertido en un ejército en la sombra, apoyado y armado por el gobierno de derecha de Israel. Desde 1948 vivimos en una guerra continua. Esta es simplemente la fase más reciente».

Jenin y su cercano campo de refugiados son atacados diariamente por unidades armadas israelíes, equipos de comandos encubiertos, francotiradores y topadoras, arrasando barrios enteros. Drones equipados con ametralladoras y misiles, así como aviones de combate y helicópteros de ataque Apache, sobrevuelan el cielo y destruyen casas. Como en Gaza, aquí también son asesinados médicos y doctores. Kamal Jabarin, un cirujano de USAID de 50 años, fue asesinado el 21 de mayo por un francotirador israelí cuando llegaba a trabajar al hospital gubernamental de Jenin. El hambre es endémica.

"El ejército israelí lleva a cabo incursiones que matan a palestinos y luego se marcha", afirma Atef. "Pero regresa unos días después. No basta con que los israelíes roben nuestra tierra. Intentan matar a la mayor cantidad posible de habitantes originales. Por eso realizan constantemente operaciones militares. Por eso hay continuos enfrentamientos armados. Pero estos enfrentamientos son provocados por Israel. Son la excusa para atacarnos continuamente. Vivimos bajo presión constante.

La dramática escalada de violencia en Cisjordania se ve ensombrecida por el genocidio en

Gaza. Cisjordania se ha convertido en el segundo frente. Si el régimen israelí logra vaciar Gaza, la siguiente será Cisjordania.

«El objetivo de Israel no ha cambiado», afirma. "Busca reducir la población palestina, confiscar porciones cada vez mayores de tierra palestina y construir más y más asentamientos. Busca judaizar Palestina y privar a los palestinos de todos los medios de subsistencia. El objetivo final es la anexión de Cisjordania".

"Incluso en el apogeo del proceso de paz, cuando todo el mundo estaba hipnotizado por la paz, Israel estaba convirtiendo esta propuesta de paz en una pesadilla", continúa. "La mayoría de los palestinos estaban en contra de los acuerdos de paz firmados por Arafat en 1993, pero aun así lo aplaudieron a su regreso. No lo habían matado. Querían darle una oportunidad a la paz. En Israel, el primer ministro que había firmado los Acuerdos de Oslo había sido asesinado «.

"Hace unos años, alguien había escrito un eslogan extraño en la pared de la escuela de las Naciones Unidas al este de Jabaliya", escribió Atef desde el infierno de Gaza. «Avanzamos hacia atrás». Es una frase que suena bien. Cada nueva guerra nos devuelve a los orígenes. Destruye nuestros hogares, nuestras instituciones, nuestras mezquitas y nuestras iglesias. Arrasa nuestros jardines y parques. Después de cada guerra, se necesitan años para recuperarse, y antes de que nos hayamos recuperado, llega una nueva guerra. No hay sirenas de advertencia ni mensajes enviados a nuestros teléfonos. La guerra simplemente llega».

El proyecto colonial judío es proteico. Su forma cambia, pero no su esencia. Sus tácticas varían. Su intensidad se manifiesta en oleadas de fuerte represión y de menor represión. Su retórica sobre la paz enmascara sus verdaderas intenciones. Se mueve con su lógica mortífera, perversa y racista. Sin embargo, los palestinos resisten, se niegan a someterse, resisten a pesar de no tener prácticamente ninguna posibilidad de éxito, agarrando pequeños granos de esperanza de pozos sin fondo de desesperación. Hay una palabra para este comportamiento. Heroico.

chrishedges.substack.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-viejo-mal>